

Mas vencidas un día sus legiones  
Se hundió en su impuro pedestal de lodo.

Sucumbió sin ajena sacudida;  
No derribó la Europa enfurecida  
Con recio choque su imperial trofeo,  
¡Dejóle Dios al Grande la caída  
Y el hundimiento le quedó al pigmeo!

Guadalajara, diciembre 7 de 1876.

## ENTONCES.....

Allá en los tranquilos días  
De mi placentera infancia,  
Cuando cobijaba un ángel  
Mi corazón con sus alas,  
Hallé mi primer amor  
En una casita blanca.  
Y fué mi ilusión primera,  
Y la amé como se ama  
En esa edad en que trinan  
Ruiseñores en el alma.

De su lado me apartó  
Más tarde la suerte airada;  
La niña no sé por qué  
Se fué poniendo muy pálida,  
En marfil el alabastro  
Trocóse en su linda cara,  
Y después, después . . . . . un día,  
Cuando la tarde espiraba,  
Voló un ángel á la hermosa  
Región de la eterna calma.

Pasados algunos años  
Torné á la desierta casa,  
Y pude por fin regar  
Su sepulcro con mis lágrimas,

En recuerdo ya tornado  
Lo que antes fuera esperanza.  
Ahora ya de aquel ángel  
No queda en la tierra nada,  
Si no es su cuerpo en la tumba.  
Y su recuerdo en mi alma.

Guadalajara, diciembre 9 de 1876.

### LLORAR.

Desde el nacer hasta el morir sufrimos.  
Tan sólo llanto nuestra vida encierra;  
Si en un valle de lágrimas vivimos,  
¿Cómo no hallar dolor sobre la tierra?  
Si sentimos profundo desconsuelo  
Y en la tierra la dicha no se alcanza,  
Fijemos las miradas en el cielo:  
Bello es morir, la muerte es la esperanza.

Guadalajara, enero 9 de 1877.

### DOS ERRORES.

—Si muriera, ¿llorarías  
En mi tumba?—¡Y sin consuelo!  
—¿Y nunca me olvidarías?  
—¡Sería eterno mi duelo!  
¿Y si muero yo?—Mi llanto  
Dejar correr no podré,  
Pues te quiero tanto, tanto,  
Que si mueres, moriré.  
¡Ilusiones de inocente!  
Los dos sufren un error:  
¡No se llora eternamente,  
Ni se muere por amor!

Guadalajara, enero 9 de 1877.

---

## AYER Y HOY.

---

Cuando te amé con ciega idolatría,  
Y amaba la existencia con delirio,  
Dije, al verte luchar con tu martirio:  
“¡Por verte á tí vivir, yo moriría!”

Hoy que ya te aborrece el alma mía  
Y miro la existencia con espanto,  
Te digo, en mi terrible desencanto:  
“¡Por verte á tí morir, yo viviría!”

Guadalajara, febrero 28 de 1877.

---

## AL MAESTRO MIGUEL MENESES.

---

Tú siempre vas por la existencia impía,  
Buscando gloria con la mente inquieta,  
Y tu alma generosa se extasía  
Con los sueños de artista y de poeta.  
En vano pides la divina calma  
Que en un mundo como éste no se encierra,  
Y van regando por la ingrata tierra  
Notas tu genio y lágrimas tu alma.  
Yo, que con lauros fúlgidos del arte  
Tu egregia frente entusiasmado ciño,  
En mis versos humildes quiero darte  
Prenda de admiración y de cariño.  
Un mismo fuego el alma nos enciende;  
¡Cuán bien los dos á comprendernos vamos,  
Y es tan hermoso á aquel que nos comprende  
Oír hablar de aquello que adoramos!  
Debemos olvidar penas sombrías,  
¡Es tan bello olvidarlas!  
Bendigamos las dulces melodías,  
Hacerlas sabes tú, yo sé admirarlas.  
Cuando agobiado de tristeza sientes  
En el alma delirios celestiales,

Viertes tu llanto en lágrimas ardientes,  
 O le exhalas en notas inmortales.  
 Teniendo el corazón pedazos hecho,  
 Cruzando por la tierra tristemente,  
 Con un mundo de sueños en la mente  
 Y un mundo de dolores en el pecho,  
 Lloras tu doloroso desencanto  
 En notas con que el alma se extasía.  
 ¡Las lágrimas, del cuerpo son el llanto;  
 Pero el llanto del alma es la armonía!  
 A veces el artista sonriendo  
 Deja salir de su alma desolada  
 Un himno lleno de gozoso encanto,  
 Como sale de lóbrega enramada  
 Alegre de los pájaros el canto;  
 Pero no exhala el grito delirante  
 Con que el vulgo risueño se extasía;  
 No es la explosión brillante  
 De una alma ardiente que gozar ansía;  
 Suele hallar en la pena sollozante  
 Más voluptuosidad que en la alegría.  
 En esas notas de ventura llenas  
 Poner no puede estrepitosa risa;  
 Que su pálida musa tiene apenas  
 Melancólica y vaga una sonrisa.  
 Ríe, y le extraña su cantar riente;  
 Prefiere melancólica belleza.  
 ¡El genio, eternamente,  
 Es hijo del dolor y la tristeza!

Hay en el triste mundo una esperanza  
 Que endulza los dolores de la vida,  
 Y tras ella se lanza  
 El alma, sin cesar, enardecida:

La esperanza de amar, de ser dichosos,  
 Teniendo siempre la existencia unida  
 A la del sér que amamos ardorosos;  
 Pero yo que no tengo  
 Ilusiones de amor sobre la tierra,  
 Yo que abatido en mi tristeza vengo  
 A vivir en un mundo que me aterra,  
 Y que anhelando vivo  
 Yo no sé qué imposible bienandanza,  
 En mi hastío fatal sólo concibo  
 De morir la esperanza.  
 Mas cuando absorto escucho  
 Alguna de tus gratas melodías,  
 De célicas tristezas impregnada,  
 Melancólica y dulce como el canto  
 De una ave que se muere abandonada,  
 Que al corazón feliz no dice nada  
 Y al corazón que sufre dice tanto;  
 Al punto olvido mi hondo desconsuelo,  
 Y en la noche de mi alma luce el día,  
 Y al eco de tu blanda melodía  
 En mi mente se forma todo un cielo  
 Inundado de luz, de rayos de oro,  
 Y aromas dulces de divinas flores,  
 En donde ángeles mil alzan en coro  
 Sus cánticos de amor arrulladores,  
 Que pueblan los espacios de armonía,  
 Y que cambian del alma los dolores  
 En una celestial melancolía.  
 Y en los espacios, antes tan desiertos,  
 Resplandecen radiantes las estrellas,  
 Y los recuerdos tristes pasan muertos,  
 Y vivas van las esperanzas bellas.  
 Y el alma llenan de sin par consuelo,

En delirios magníficos sin nombre,  
 Himnos del mundo y cánticos del cielo,  
 Sueños del niño y éxtasis del hombre.  
 Y en medio de divinas venturanzas,  
 No sé si son tan dulces sentimientos  
 De un mundo que ha pasado, remembranzas,  
 O de otro que vendrá, presentimientos;  
 Dejo á mi corazón que se extasíe,  
 Y en sus delirios sobrehumanos mira  
 De la esperanza al ángel que sonríe,  
 Al ángel del recuerdo que suspira.

Es del arte el poder tan verdadero,  
 Su magia celestial á tanto alcanza,  
 Que yo que nada en la existencia espero,  
 Me siento enloquecido de esperanza.  
 Y crece la magnífica belleza,  
 Divina, esplendorosa, indefinible,  
 Y miro de los cielos la grandeza,  
 A contemplar llegando lo imposible,  
 Y cuando el alma férvida se siente  
 Morir de dicha y se estremece ansiosa,  
 Una figura ve, resplandeciente,  
 Que es de ese cielo la ignorada diosa.  
 Es la santa visión que sólo veo  
 Cuando el alma se aparta de la tierra,  
 Es el sér que forjara mi deseo,  
 El ideal que mi ventura encierra.  
 Es de mis tempestades dulce calma,  
 Unica estrella de mi cielo umbrío,  
 Unica rosa del jardín del alma,  
 Unica diosa del altar vacío.  
 Es el único sér que me adivina,  
 Que hace llegar su célica mirada

Hasta el fondo de mi alma, y la ilumina,  
 Como alumbraba un abismo la alborada.  
 Es la que sólo miro reverente  
 En los delirios de éxtasis risueño,  
 Es del alma sedienta única fuente,  
 Es la luz de mis sombras, es. . . . . ¡un sueño!

Todas esas dulzuras celestiales  
 Me embargan al poder de la armonía,  
 Y abandono el infierno de los males  
 Para llegar á un cielo de alegría;  
 Y en medio de ese cielo esplendoroso  
 Miro cruzar con seductoras galas  
 Una blanca visión, sér vaporoso,  
 Soñado arcángel de fulgentes alas.  
 Y como es el amar una alegría,  
 Y como es el morir dichosa suerte,  
 Esa hermosa visión que me extasía  
 No sé si es el amor ó si es la muerte.

Pero pronto concluye  
 La armonía que causa mi delirio,  
 Tan fugaz como grato;  
 Gozo con una dicha que no existe;  
 Y vuelve tras el júbilo el martirio.  
 ¡Cuán dulce el sueño, el despertar cuán triste!

Díme, artista, si puede la armonía  
 Trocar la desventura que me oprime  
 En una celestial melancolía,  
 ¿Cómo no he de admirar tu arte sublime?  
 Si tu genio magnífico y fecundo  
 Me llega á conmover con tal encanto,  
 Me hace olvidar á nuestro ingrato mundo  
 De otros mundos mejores con el canto;

Si puede tu ardorosa fantasía  
De la mente seguir todos los giros,  
Y del piano expresar en la armonía  
Voces, y ayes, y risas, y suspiros;  
Si los lauros espléndidos del arte  
Con tanta profusión te dió la suerte;  
Artista, con placer debo admirarte,  
Amigo, con ardor debo quererte.

Es triste tu misión; mas siempre espera!  
El alba llega tras la noche oscura,  
Tras el afán la gloria reverbera,  
Viene tras la desdicha la ventura.  
Una alma soñadora que se lanza  
A buscar en el arte esa grandeza  
Que nunca el hombre sin dolor alcanza,  
Ve á un lado de la gloria la tristeza;  
Mas también á otro lado la esperanza.

Exhala siempre tu armonioso canto;  
El alma al escucharte se extasía,  
Y en su dulce embriaguez llorar ansía . . . . .  
Las lágrimas, del cuerpo son el llanto;  
Pero el llanto del alma es la armonía!

Guadalajara, mayo de 1877.

## EN UNA ESCUELA

### SOSTENIDA POR OBREROS.

Noble inspiración os trajo,  
A impulsos de una creencia,  
A ensalzar la inteligencia,  
¡Cuán hermoso es el trabajo  
Rindiendo culto á la ciencia!

¡Cuán digno de noble palma  
Es el levantado afán  
Con que los obreros dan,  
Para hallar el pan del alma,  
Un pedazo de su pan!

Se enseña aquí con anhelo  
La religión de consuelo  
Que, con inmenso cariño,  
Trasmite la madre al niño  
En esa edad que es un cielo;

Y no la ciencia insolente  
Que, atea é indiferente,  
Nos hace dudar sin calma,

Que pone frío en el alma  
Y tinieblas en la mente;

Que con delirante empeño,  
En un insensato ensueño,  
Marcha del orgullo en pos,  
Y del hombre tan pequeño  
Pretende formar un Dios;

No es esa ciencia altanera,  
Soberbia al par que mezquina,  
Que sufre porque no espera,  
No es la formidable hoguera  
Que abrasa más que ilumina.

Es la verdadera ciencia  
Que tiene de Dios conciencia  
Y, en su elevada misión,  
Alumbra la inteligencia  
Y levanta el corazón.

Todo ante el hombre se humilla  
Cuando el bien quiere emprender,  
Cada escuela, aunque sencilla,  
Es una estrella que brilla  
En el cielo del saber.

Vuestra misión es muy bella;  
Teneis una escuela ya;  
Cuidad con empeño de ella,  
Y si ahora es una estrella,  
Un sol mañana será!

Guadalajara, agosto 9 de 1877.

## A A. S.

Bajo el límpido azul de nuestro cielo  
Aspiraste las auras de la vida;  
Hijo eres de esta tierra tan querida,  
Por eso tu victoria es nuestro anhelo.

A compensar ahora tu desvelo  
Viene entusiasta, de emoción henchida,  
La multitud, que en tí ve, conmovida,  
Una esperanza más para este suelo.

Sigue, sigue adelante; que la gloria  
Un galardón hermoso te previene,  
Y te arrulla en sus brazos la esperanza.  
¡Sufre y lucha en la vida transitoria;  
Que nunca lauro sin sufrir se obtiene  
Y nunca gloria sin luchar se alcanza!

Guadalajara, octubre 7 de 1877.

---

A LA EMINENTE TRÁGICA  
MARIA RODRIGUEZ.

---

La entusiasmada multitud se afana  
Por que tu triunfo inolvidable sea,  
Y con tu inmenso genio se recrea,  
Astro fulgente de la escena hispana.

Tu inspiración se cierne soberana,  
Y tu olímpica frente centellea  
Con la gloria sublime de Medea  
Y los lauros magníficos de Adriana.

Universal aplauso te saluda,  
Y en esta noche espléndida recibe  
Cariño la mujer, lauro la artista.  
Cumple con tu misión gloriosa y ruda;  
¡Jamás el genio sin dolores vive  
Y nunca el triunfo sin luchar conquista!

Guadalajara, diciembre 16 de 1877.

---

---

LAS SIETE PALABRAS.

---

¡Qué terribles ardores  
Sobre la árida cumbre del Calvario  
Derramaban del sol los resplandores!  
Aquel lugar, poco antes solitario,  
Inundaba la gente  
Que de lejos venía  
Absorta á contemplar prodigios tales,  
Porque nunca creyó que moriría  
El Señor inmortal por los mortales.

¡Y era cierto!—el Señor, compadecido  
Del hombre al ver la miserable suerte,  
Quiso morir por él y redimirle,  
Quiso darle la vida con su muerte.

Un día Dios con poderoso acento  
Sacó la creación del negro caos,  
Dió á los hombres la vida  
Y les dijo:—“creced, multiplicaos.”

El Hacedor entonces fué muy grande,  
Sí, pero fué más grande en aquel día  
En que murió para salvar al hombre  
Del caos del error en que yacía.

El Señor al crearle  
 Dió á su cuerpo la vida transitoria,  
 Después, cuando murió para salvarle,  
 A su alma dió la vida de la gloria.

El tiempo en su carrera  
 Tronos, pueblos, costumbres arrebató,  
 Como arrastran las aguas del torrente  
 El débil junco en rápida corriente;  
 Y el tiempo en sus tremendas tempestades  
 Para desvanecer es impotente  
 Ese drama imponente  
 Que atónitas admiran las edades.

¡En vano, en vano estréllase rugiente  
 El mar tempestuoso del pasado  
 Del Calvario en la cumbre ensangrentada:  
 Por los rayos del cielo iluminada  
 Allí está del Ungido la figura,  
 Que diez y nueve siglos en su vuelo  
 No han podido ofuscar, y que, en la altura  
 Del consagrado Gólgota, fulgura,  
 Como fulgura el sol allá en el cielo.

\* \* \*

En una cruz espira,  
 Por redimir al pecador inmundo,  
 Aquel Sér que en su ira  
 Podría deshacer el vasto mundo.

Y deja que sus miembros despedacen,  
 Y, en vez de castigar al delincuente,  
 Dice á su Padre con la voz doliente:  
 “¡Perdónalos, no saben lo que hacen!”

Y tocó su piedad inextinguible  
 El corazón de Dimas, el bandido  
 Que á su lado moría  
 Como Él en una cruz, y arrepentido  
 “¡Perdón! ¡Perdón!”—decía.

Siempre el Señor perdona  
 Al que tiene fé intensa;  
 El único pecado  
 Que el Hacedor jamás ha perdonado  
 Es el dudar de su bondad inmensa.

“Acuérdate de mí,—díjole Dimas,—  
 Cuando estés en tu reino;”  
 Y el Señor contestó:—“*En verdad te digo  
 Que hoy en mi reino te hallarás conmigo.*”

Al pié de aquella cruz en que espiraba  
 El Redentor del mundo,  
 María triste llanto derramaba.  
 Al verle moribundo  
 Su corazón sentía traspasado,  
 ¡Ay!—y lloró con el dolor profundo  
 Con que sólo las madres han llorado.

La pena que sufrió con santa calma  
 A cualquiera otra madre mataría;  
 Pero tuvo María  
 En su inmenso dolor inmensa el alma.

Allí el apóstol Juan también gemía  
 Lleno de amarga pena;  
 El Señor vió á su madre y al apóstol  
 Con su mirada límpida y serena,  
 Y, antes de alzar el vuelo hácia su Padre,

Con dulce acento dijo:  
*"¡Mujer, ve aquí á tu hijo!  
 ¡Hijo, ve aquí á tu madre!"*

En la cumbre del Gólgota sangriento  
 Esperaba el Señor la muerte fiera,  
 Y sentía tan grande sufrimiento  
 Como nunca en el mundo se sintiera.

Su divina cabeza se inclinaba,  
 Cual se inclinan las flores en el prado  
 Si el cielo no les manda su rocío;  
 A su Padre volvióse acongojado  
 Y con honda aflicción dijo:—*"Dios mio!  
 Dios mio!—¿por qué me has desamparado?"*

Y el divino Señor desfallecía  
 Al peso de su horrible sufrimiento,  
 Y la muerte cruel, ¡ay! no venía  
 A poner fin al bárbaro tormento.

Sed horrible sentía, y no halló nada  
 Que calmarla pudiera,  
 A no ser que bebiera  
 Su sangre con sus lágrimas mezclada.

Seca estaba su boca  
 Por el martirio luengo,  
 Su voz ya moribunda y apagada,  
 Y murmuró: *"¡Sed tengo!"*

Al fin el Padre quiso  
 Darle tras los tormentos el reposo:  
 Cerráronse los ojos que brillaban  
 Con mengua de ese sol esplendoroso;

La voz á cuyo acento  
 Salieron de la nada  
 Los mundos á millares, apagada  
 Pronuncia apenas lánguido lamento.

Ríndese al fin á su dolor profundo.  
 Al suelo inclina el rostro ensangrentado,  
 Y dice con acento moribundo:  
*"¡Todo está consumado!"*

Ya muere, redimiendo soberano  
 A la tierra deícida,  
 El Salvador que al miserable humano  
 Dió dos veces la vida.

Por fin concluye su martirio horrendo,  
 Y el Redentor al entregar el alma  
 Al Padre dice con divina calma:  
*"¡En tus manos mi espíritu encomiendo!"*

Guadalajara, viénes santo de 1878.